

Mariposa verde titilante

“... bajo la luna gitana/las cosas
la están mirando/y ella no puede
mirarlas”

“egyptian walk”

Un día el suelo amaneció cubierto de un fosforescente polvillo color fiusha. Lina y Raimundo Luna, que como todos los sábados habían despertado al mismo tiempo, se habían sentido intranquilos desde la noche anterior.

—Anoche gemiste en sueños, Lina. . . gemiste tanto que no pude volver a quedarme dormido.

—¿Sí? Qué extraño. Justo ahora en que estoy más feliz que nunca en mi vida —dijo Lina tocando con rara dulzura la tela de su camisa.

—¿Por qué “tan” feliz —preguntó Rai sobresaltado. Lina siempre decía exactamente lo contrario de lo que sentía.

—No sé, me parece que estoy entrando en un estado especial de iluminación, o a lo mejor. . . bueno. . . —dijo mirando la cara que iba poniendo Raimundo Luna— tal vez sea que lo leí por ahí, pero es como estar apuntando una flecha a un blanco que sé que no voy a errar.

Rai sonrió. Lina era tan buena lectora que incorporaba sin límites fragmentos de lo que leía a su vida. La semana anterior había comenzado a hablar de budismo y de estados con nombres especiales que sonaban como con eco. Generalmente sucedía después que, cuando se confundía demasiado, comenzaba a intentar dejar sumidos a los demás en su confusión, para poder deshacerse de ella.

—Ohhh. . . Ray, soy yo la que te estoy viendo tan hermoso, tan rosado ahora o. . .

—Rai sonrió escéptico.

Lina abrió entonces la cortina y sintió que algo se derramaba dentro suyo. . .

—Rai !!! ¡Mira!

Los dos salieron entonces en estampida hacia la habitación de la abuela.

—Abuelita, no te asustes. . . ¡No te asustes, pero ha sucedido algo tan tan increíble. . . tan. . .

La abuela se levantó con cautela y luego contempló el jardín con ojos sabios, blancos y liláceos.

—Mmmh. . . —ronroneó.

—Abuela, ¿No crees que puede ser que estemos dentro de la imagen de alguien que está leyendo a Ray Bradbury ahora?— dijo Lina tirada de espaldas en la cama casi sin poder respirar de la emoción.

—No, hija, no. Pienso que más bien podría ser que estemos todos soñando el mismo sueño.

—O que alguien esté soñando con nosotros, abuela. . . —dijo Rai.

—Sí, también. . . sólo que ¿cómo podríamos comunicarnos con ese soñador?

—Yo creo que estamos dentro de un cuento de Ray Bradbury

abuela y la cosa sería leer varios hasta dar con la imagen en que estamos metidos. . . y saber qué sigue o qué hacer para que esto no cambie muy pronto. . . está tan bonito todo.

—Está todo muy extraño niños, pero no tanto como para que hasta yo me olvide de mi taza de té, ¿No tienen hambre? ¿Qué tal si conversamos mientras tomamos el desayuno?

Lina Luna evitó mirar por las ventanas del corredor hacia afuera, pues temía que al volver a mirar, el color se hubiera desvanecido por sus demasiadas expectativas, entonces, intentó hacerse la desinteresada.

Los dos gatos siameses de la abuela la escoltaron hasta el comedor, cruzándose entre sus piernas sincronizadamente, sin que Lina Luna ni siquiera se percatara.

Raimundo Luna, por su parte, absorbió con la figura de un soñador y con la posibilidad de estar cada uno de sus actos dentro de la membrana tejida por el inconsciente de otro, se movía con la languidez del saber.

El comedor, bañado en la luz espectral de afuera y en la luz vegetal del espejo ovalado del mueble, que daba extraños relieves a los objetos, se tornaba casi una laguna al atardecer o una esfera de acuario.

Lina hundió el cuchillo plateado con extraña parsimonia en la mantequilla anaranjada.

Raimundo, confuso y alterado por no poder descubrir si realmente estaba tomando su leche sola de las mañanas, o si tanto enredo de color le había trastocado ese gusto áspero en gusto a frambuesa, explotó.

—¿No sé si me gusta esto de ser soñado por alguien, abuela. . . !

—Veamos. . . —dijo ella al cabo de un largo momento de observación silenciosa hacia el reverberante jardín— si dura mucho para ser una alucinación colectiva o incluso un sueño, tendremos que pensar en una solución. . .

—¿Cómo cuál? —dijo Rai, echando leche fiusha al gato.

—Pellizcarnos.

—Abuelaaa. . . dijo Rai meneando la cabeza.

—Puede resultar. . . pero yo no quiero despertar todavía —murmuró, Lina refunfuñando— quiero decir, me gustaría, me encantaría ver qué sigue. . . me encantaría ver aparecer algo ahí afuera de repente. . .

Los gatos siameses comenzaron entonces a maullar y a pasearse por encima de la mesa. . .

—Lina!!!. . . ¡eres tú! ¿Ves? ¡saltó Raimundo— ¡Eres tú quien nos está soñando, fresca!

—¿Pero por que. . . yo. . . ?

Su hermano señaló hacia afuera, hacia el prado que rodeaba la casa. . . Una mariposa verde, translúcida, tal vez de dos metros o más estaba suspendida sobre el pasto, apenas titilando sus enormes alas.

—Ohhh —dijo Lina sonriendo a punto de desmayarse de alegría.— No es posible, no es posible, es demasiado bella!!

—Verde que te quiero verde. . . —entonó la abuela—. . . verde viento verdes ramas, el barco sobre la mar y el caballo. . .

— . . . en la montaña —terminó Lina Luna hipnotizada.

— ¡Es un sueño ideal para ti Lina! —dijo Raimundo— pero, me aburre, no pasa nada, ¡puafff, pura belleza!

Lina continuaba con los ojos desmesuradamente abiertos y el rostro expectante.

—No soy yo la que estoy soñando, tonto; cuando sueño, apenas puedo abrir los ojos y no se me ocurre comer. En cambio, mira ahora —dijo engullendo con apetito su marraqueta.

—Puede que sea un cuento entonces —condescendió la abuela.

—¿Y qué se hace en un día como hoy en un cuento? —preguntó Rai que seguía inquieto por la falta de acción.

—Veamos lo que hacen los gatos —dijo Lina resplandeciente.

—Miran —respondió Raimundo que observaba a los siameses que a su vez observaban, sin distraerse un instante, a la mariposa.

—Eso depende del autor —dijo la abuela retomando el tema— si es Ray Bradbury, y esto es el efecto de una bomba de neutrones o la llegada de seres de otra galaxia. . . entonces. . .

—No abuela, él no es tan infantil. Podría ser que estuviéramos en una situación de espacio-tiempo alterada.

— ¡Lina, qué vocabulario horroroso!

—Es difícil explicarlo, . . . pero puede ser que se haya alterado nuestra percepción de tamaños y colores, en. . . algo, una infinitesimal equivocación, producida por alguna razón desconocida.

—Pero aquí adentro, entre nosotros, no sucede eso. . . —dijo Rai.

—Puede ser que dentro de la casa se mantuviera una atmósfera especial.

—Niños, sigan pensando ustedes, yo voy a darme un baño. Rai. . . ¿por qué no pones ese concierto que me gusta tanto “Las 4 Estaciones”? Me encanta meterme al agua con la música de la primavera. . . ohhh, es de esperar que esto no altere el cuento. . .

—Esto ya no tiene cara de cuento abuela, pues. . .

—Tú deberías estar más alterada, más asustada con la situación. . . por nosotros. . . así le quitas suspenso —protestó Lina Luna.

—Creo que en realidad, no es así narrativamente niños, —pero ningún narrador me privaría del placer de un baño de tina escuchando la primavera.

—Pareces una miss universo abuela. No sé, pareces tan feliz y radiante cada día. . .

—No es para menos Lina Luna —dijo ella acariciando la inquieta y despeinada cabeza, y perdiéndose luego flotando las gasas celestes de su bata en el corredor. Volvió a repetir —No es para menos.

—Nunca la he visto deprimida —dijo Rai— es deprimente.

—Ya lo sé —afirmó Lina Luna— pero es como si se transformara en árbol. ¿Entiendes?

Rai alzó los hombros indiferente y hasta enojado.

Y los dos, con sendos gatos enredándoseles con colas y ojos y bigotes, se volvieron a la rutina de esa mañana que consistía en observar la mariposa verde en el reverberante jardín fucsia.

—Parece un adorno de pascua todo esto —dijo Rai, inquieto.

—Es tan linda. . . mira sus ojos, ese color de sus alas resplan-

decientes. . . siento, Rai, siento como si me atrayera hacia ella irresistiblemente.

—Lina Luna no seas así por favor, puede ser que allí afuera haya radioactividad, no sé, algo que haya activado un proceso anormal. . .

—Rai, ya no me es anormal. ¿No te parece que es tonto quedarnos aquí adentro de la casa cuando algo mágico ha invadido el jardín?

—Lina ¿Es mágico? O monstruoso. . . No actúes como si esto fuera un cuento, creída, todo porque tú quieres ser protagonista. . .

— ¡No me creo parte de un cuento!

—¿Ah noo? ¿Y por qué quieres ir allá afuera? ¿No es acaso porque yo dije que esto estaba muy fome?

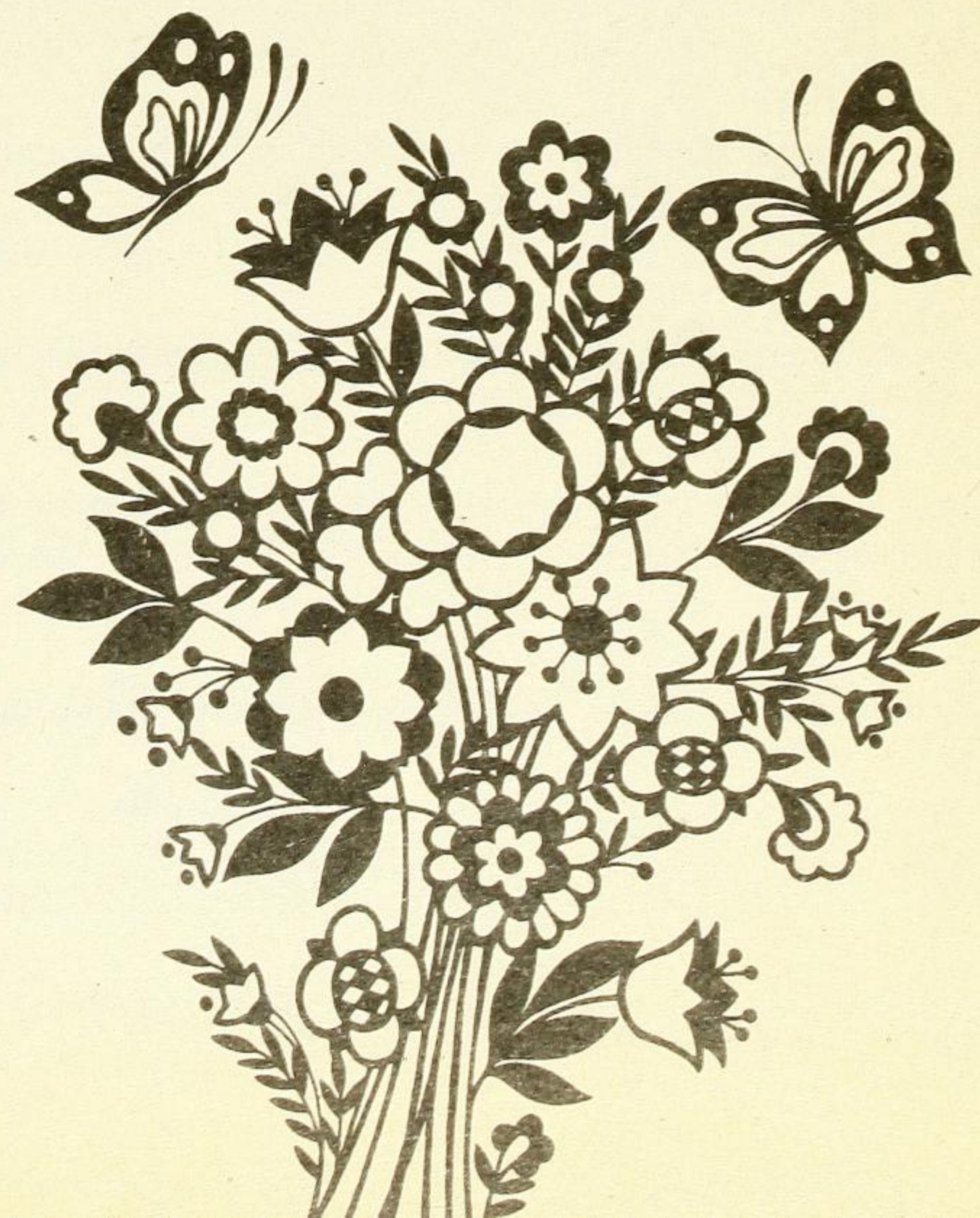
—No, no entiendes nada Rai, nada, nadie nunca entiende nada, siento que. . . Ahhh —apenas podía, alcanzaba a hablar ahora— y Rai se le quedó mirando preocupado —la mariposa cayó aquí, por algo, ese color del cielo también debe. . . ser, significar algo, y tal vez todo eso me lo puede explicar ella. . . sólo ella.

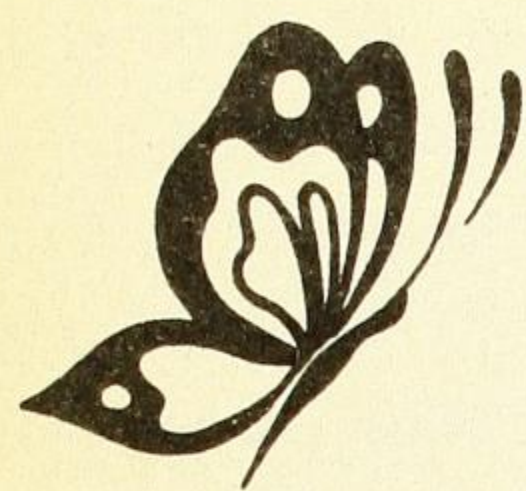
Rai no alcanzó a detenerla. Fue como el viento hacia la puerta y sólo uno de los gatos la alcanzó.

Rai la vio acercarse paso a paso, caminando como nunca había visto caminar a nadie, con una especial sensibilidad en toda la forma como la planta del pie se posaba en el polvo fucsia que cubría el pasto, pero al mismo tiempo con los ojos fijos en los ojos de la mariposa y los brazos extendidos como si. . . “Parece sonámbula”, pensó Rai cuando la vio establecer un diálogo inaudible apenas con titilaciones y miradas con ese ser mariposa o monstruo o ángel, y no se atrevió a ir a buscarla. Lina Luna acariciaba sus alas ahora, y el gato maullaba alrededor.

Entonces, hubo una especie de gesto de fin o comienzo de algo entre Lina Luna y la mariposa. . . Rai apenas alcanzó a llegar para ver el espectáculo: Lina Luna colgaba de la mariposa gigante, el gato colgaba de Lina Luna, y todos iban elevándose, elevándose, elevándose, metros y más metros de altura sobre su cabeza.

— ¡Abuela! . . . gritó Rai sin que le acertara a salir más que un grito hacia adentro.





—Abuela. . . abuela. . . estamos perdidos en algo horrible, estamos todos locos, abuelaa ¡Abuela! —gritaba Rai totalmente afónico yendo del jardín a la alfombra alternativamente, cuando apareció la abuela mojada aún.

—Abuela, está alejándose. . . alejándose. . . abuela, esa mariposa gigante se la llevó, a ella y al gato, yo tuve la culpa, yo la incité, tal vez se enojó tanto que. . .

—¿A quién. . . Rai. . . ?

—A Lina Luna. Fue tan- . . . que no alcancé a reaccionar.

—Ah, —qué niña, qué niña imprudente — ¡Vamos fuera! ¿Dónde va?

—Más allá de las copas de esos árboles. . . hace un rato.

—¿Qué haremos. . . ? ¿Qué haremos ahora?

—Abuela, sin Lina Luna, que es, ya estoy seguro, la del cuento o sueño o locura en que estamos metidos ¿Cómo sabremos volver a. . . ? Abuela, yo quiero volver a. . . ya me aturde este polvo fiusha. . . estas tonterías de mariposas güevonas que se posan en el jardín ¿Por qué en este jardín las. . .

La abuela se estuvo absorta abrazando a Rai mientras el muchacho soltaba gemidos y llantos y mierdas y güevonas elucubrando sin fin.

—Volverá —dijo la abuela.

—Ahh ¿Cómo?

—Estaba furioso.

—Mira Rai, ella fue la elegida.

—Pero, ¿de qué?, . . . ¿de quién?

—En el sueño, o cuento o lo que sea que estamos viviendo. . . ella fue la elegida.

—¿Y? —Rai estaba llorando sin saber por qué.

—Ella lo sabía. Por eso fue afuera. Nada podría haberla detenido. Ella seguirá su vuelo. . . un día, un siglo, un minuto más. Es algo que está fuera de lo que nosotros podemos pensar para ella. Sólo ella lo sabe.

—Estás hablando como si hubiera muerto.

—Tss tontorrón, ¿te parece que la muerte es tan colorida?

—Me parece que. . . tanto color es como si todo se hubiera electrificado y ¡Me parece siniestro abuela!

—Es ella que cambió el paisaje, es ella que altera todo y a todos un poco, sin saberlo. Si lo supiera Rai, se sentiría tan culpable, es preferible que no lo sepa, sería terrible para ella.

—¿Por qué hay gente así?

—Todos.

—¿Cómo?

—A todos nos llega en algún momento un flujo estremecedor.

—¿Cómo flujo?

—Un momento en que sabemos qué y cómo y cuándo hacer algo y todo se inclina a nuestro paso. . .

Rai se quedó pensativo, como recordando algo e imaginándose que las flores le hacían una venia tonta.

—No me gusta que ella se haya ido así ¿Por qué nos dejó abuelita?

—No sé Rai, no sé. Pensemos. Pensemos como ella.

—Más bien soñemos como ella abuela o leamos con ella, esa niña no piensa como todos —dijo Rai dejándose caer en el sillón sintiéndose preso de una extraña somnolencia.

Cuando despertó la abuela estaba a su lado leyendo algo.

—“La ventana frutilla, la ventana frutilla soplaban tenues colores rosados sobre el paisaje, e iluminaba los ojos y la mente con la luz de un amanecer interminable. . .”

—¿Qué es eso?

—Es Marte. . . el cuento de Ray Bradbury que Lina tenía en el velador.

—Eso es! Ella quisiera estar en Marte.

—Y los marcianos en la Tierra. . .

—Pero. . . la mariposa ¿aparece también?

—La mariposa sí puede ser parte de un sueño.

—Y nosotros, ¿qué pito tocamos en su sueño?

—Ninguno. Somos personajes secundarios, una especie de decorado —dijo la abuela riendo.

Lina Luna despertó con una extraña sonrisa en los labios y el alma. Escuchó un chaspoteo y luego el viento. Tuvo la sensación de que había hablado en sueños. Quiso preguntarle a su hermano pero estaba dormido todavía. Miró su perfil, su mechón, su boca entreabierta y sintió tan intensos deseos de despertarlo que se levantó apresuradamente y salió casi volando (todavía sentía su cuerpo etéreo) hacia la habitación de la abuela, atropellándose con uno, no sabía cual, de los siameses.

—Abuela, tuve un sueño. . . —dijo, sentándose con el gato en la falda —había una mariposa verde, brillante, fosforescente, de un verde más fuerte que el pasto, . . . de más de tres metros; Estaba en el jardín; Ella me habló y yo me fuí volando con ella, y me siguió hablando mientras volábamos sobre parques y lagunas y barrios que no conocía. . .

—¿Qué decía?

—No me acuerdo, sabes, qué raro, no me acuerdo de lo que decía, pero sí de que yo la entendía. Me queda esa sensación abuela, no de palabras.

—¿Cuál?

—Una sensación de paz, de. . .

El gato, levantó entonces, súbitamente la cabeza para observar a Lina Luna, con sus ojos amarillos, auscultándola —y eso no se le escapó a la abuela— con una luz de inteligencia y calor solar en la mirada.

— . . . unión. . . es tan difícil des. . . nadie me había mirado así nunca, me hizo sentir ganas de vivir, abuela, y eso que yo no sabía antes que no me gustaba vivir. . .

Lina Luna sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y para tranquilizarse comenzó a acariciar la cabeza y el cuerpo del gato, que se fue estirando hasta desenrollarse totalmente y luego volvió a enrollarse como un círculo perfecto en su falda.